

¿Es bien que de castellanos
y de godos tal se diga?
No se dirá, y si dijere,
no mientras Bernardo viva,
ni entanto que deste brazo
fuera esta espada regida,
que yo sé para impedirlo
no faltará quien me siga.

Esta actitud resuelta de un guerrero tan temido, obliga al rey á revocar la oferta hecha al monarca francés; pero adviértase hasta qué punto se revela la procedencia de una fuente misma en las fábulas francesas y castellanas, á despecho del amor propio nacional. En las francesas el motivo que impulsa á Carlo Magno á dejar la Península y repasar la frontera es la exaltación de la cristiandad, porque la falsa promesa que le hace el walí Marsilio es que si se vuelve á Francia sin expugnar á Zaragoza, él y muchos miles de sus súbditos abrazarán la verdadera fe; en las castellanas, no es menos alto el móvil que á España le trajo, á saber, el ayudar á Alfonso el Casto á expeler de ella la morisma. Había que buscar un pretexto para poner en colisión á España con Francia, y se encontró muy expedito: el rey de León falta á su promesa, y Carlo Magno, ofendido, atraviesa la frontera en són de guerra; y he aquí á los leoneses y castellanos alzados al grito de independencia contra el emperador intruso, dando en el siglo VIII la cuadrícula á los españoles venideros del año 1808 para reproducir el gran cuadro del levantamiento nacional en contra del emperador Napoleón. Pero no se olvide que la hermosa fábula inventada por los romances de los siglos XVI y XVII para ensalzar el patriotismo español, fué forjada usurpando á la Vasconia una gloria que sólo á ella pertenece: á ella, que sin jactarse de haber inventado héroes como Bernardo del Carpio, los ha producido en todos tiempos, no menos bravos y amantes de su noble independencia que sus progenitores los encastillados en las breñas de Altabiscar.

Ahora bien, como la verdad se impone á pesar de cuantos

esfuerzos se hagan por demudarla, la memoria del famoso prefecto de la Marca de Bretaña muerto en nuestra frontera pirenaica, dura en toda Europa como personificación de aquel heroísmo preternatural de la creyente Edad-media, como la de un Hércules cristiano, á quien la imaginación popular atribuyó los más extraordinarios prodigios, las aventuras más inverosímiles, rasgos de valor y de fuerza sólo propios de ciertos héroes bíblicos—Samsón, Gedeón, etc.—y aun infinitamente superiores á los que de éstos se escribieron en el divino Libro. Al paso que de Bernardo del Carpio y de Don Beltrán nadie hace caso fuera de nuestros linderos, nosotros mismos conservamos con esmero, y contemplamos con admiración, recuerdos apócrifos, pero arraigados como verdaderos en la imaginación del pueblo, de las inauditas fuerzas del paladín franco. Sin contar la magnífica *brecha de Roldán (la brèche de Roland)* que contempla absorto el viajero en una montaña del alto-Pirineo francés de las que forman el pintoresco *circo de Gavarnie*, donde el Gave se precipita en soberbia cascada, rica de iris, de espumas y de ecos; hay de esos recuerdos en el Pirineo español, occidental y oriental, en Navarra, y en muchos puntos de la Península ibérica, aun de los más apartados del teatro de la famosa derrota. En Roncesvalles tenemos la célebre *f fuente de Roldán* junto á la cual nos hemos sentado, descansando á la sombra del magnífico hayal que la rodea, todos los viajeros conducidos de Burguete á Ibañeta por la fama del memorable Santuario de San Salvador. Esa fuente, que se supone brotó al hincar su espada en el suelo Roldán moribundo, fertiliza con el puro cristal que de ella mana un prado siempre vestido de esmeralda, cuando no de la plata de las nevadas, en un repliegue de la montaña, al cual se llega por una florida senda que arranca del mismo Roncesvalles con dirección al ocaso; y allí libre y eternamente «murmura, como dice el autor del *Oasis*, el último adiós del héroe de la leyenda.»—En Urroz (valle de Lizoain) hay en medio de la plaza—que por cierto es grande y buena y tiene un soberbio edi-

ficio digno de cualquier capital (1) en el lado que mira á la carretera de Pamplona — un enorme peñasco de 2^m, 35 de largo, 0^m, 55 de ancho y 0^m, 57 de altura, cuyo peso se calcula en unas 124 arrobas: el cual fué arrojado allí por Roldán defendiéndose de sus enemigos en el apurado trance de Roncesvalles. La peladilla recorrió un espacio de 28 kilómetros, atravesando montes, valles y ríos. — En el cabo de Gata existe la llamada *mesa de Roldán* (cerca de Almería): es un enorme peñasco, plano en la parte superior, que se dice le servía para sus comidas, siendo él un gigante de descomunales proporciones. — Más acá, hacia Benidorm, presenta la montaña una hendidura que lleva el nombre de *la cuchillada de Roldán*. Al descargar éste un tajo sobre la montaña, arrancó la roca que forma el islote frontero á Benidorm. — En el Pirineo, en la plaza de Massanet de Cabrenys, enseñan la barra que Roldán lanzó desde las *torres de los moros*, distantes 4 leguas, diciendo al arrojarla: *Ahont aquesta barra caurá, Massanet de Cabrenys s'anomenará*. — El pueblo de Esterri (cerca de Sant Joan del Erm) muestra una gran piedra de color ferruginoso que suponen ser la maza de desarmar de Roldán, la cual quedó hundida en el suelo cuando aquél la arrojó á los moros desde una de las cumbres del Pirineo. — Camino de Barcelona á Zaragoza, antes de llegar á Tardienta, á la derecha, en la sierra de Guara, enseñan una brecha que llaman *el salto de Roldán*. Sólo Perseo con su Pegaso hubiera podido salvar la distancia que hay de un lado al otro de la enorme cortadura.

Pero nada hay comparable con la grandeza del héroe según la describe el famoso *Canto de Roldán* del trovera Théroulde, porque con ser sus proezas menos exageradas que estas que acabamos de reseñar, son más proporcionadas al esfuerzo natural y, aunque siempre inverosímiles, se acercan más á la escala

(1) Pertenece este palacio á la familia del general Iribarren, que fué herido mortalmente en la tristísima acción de Huesca de Mayo de 1837.

de lo humano sublime. — Cuando por la traición del conde Calalón regrésa á Francia el ejército de Carlomagno por los desfiladeros de Roncesvalles, dividido en dos grandes cuerpos, y después de haber franqueado aquellas angosturas la vanguardia con el Emperador, quedan la retaguardia y muchos de los principales caballeros con Roldán á merced de las tropas del rey Marsilio, muy superiores en número; he aquí cómo traza el terrible drama del vencimiento de los francos, y cómo hace resaltar los dos grandes caracteres de Roldán y de Oliveros, el poeta normando (1). — Marsilio ha logrado reunir á la sombra de sus estandartes cuarenta mil combatientes, prontos á caer sobre Roldán en el desfiladero. Los que primero han de cortar el paso, se ocultan en la espesura de un bosque que corona agreste sierra. Al descubrir desde ella las enseñas de la hueste cristiana que aparecen al pié del monte, dan al viento agudos ecos de mil clarines, prorrumpen en inmenso alarido de júbilo y aflojan las riendas á sus corceles. — El ruido de aquel espantoso tumulto llega hasta los francos, y Oliveros que trepó á una altura para descubrir lo que pasa, divisa á los moros, llama á Roldán y le dice:

— Del lado de España viene ese estrépito. Cuántas cotas blancas! Cuánto yelmo deslumbrador! Qué ira va á apoderarse de nuestros francos! Esta alevosía es obra de Galalón: él indujo al Emperador á que nos confiara este puesto para llevarla á cabo!

(1) Nos servimos para nuestro abreviado relato de la traducción que incluyó en su *Oasis* el Sr. Mañé y Flaquer. El poema original *La chanson de Roland* contiene 5 cantos, y aunque muy digno de ser conocido en todas sus partes, la índole de nuestro trabajo se opone á la reproducción íntegra de tan larga composición. — Hemos dicho que el trovera Taille-fer entonaba esta canción en la batalla de Hastings en la cual fué muerto, como cantó su compañero Wace, y esto no debe causar extrañeza si se considera que el poema no se cantaba todo entero, sino que cada cual escogía el trozo más acomodado á las circunstancias. La *Iliada* de Homero, aun siendo de extensión mucho mayor, era cantada por el pueblo de igual manera: á retazos.

—Calla, Oliveros!—replica Roldán—Galalón es mi padrastro: no añadas una palabra más á esa injuria!

Oliveros baja otra vez al pié del monte donde estaban los francos, y les grita:

—He visto á los infieles: nunca hombre en la tierra vió tantos reunidos! Son cien mil y más: tienen embrizados los escudos, atados los yelmos, vestidas las cotas, enhiestas las lanzas, relucientes los venablos. ¡Formidable batalla nos espera: Dios nos asista: manteneos firmes, caballeros francos!

—Baldón para el que huya!—exclaman todos.—No habrá entre nosotros quien por temor abandone el campo.

Y dice Oliveros:

—Los paganos forman numerosa hueste; lá nuestra es escasa; Roldán amigo, tañe tu bocina. Carlos la oirá y hará que retroceda su ejército.

Y responde Roldán:

—Si tal hiciese, vergüenza tendría de entrar en mi dulce Francia. Antes de poco, la hoja de mi Durindana se teñirá de sangre hasta el oro de la empuñadura. Mal les avendrá á esos paganos de meterse en estos desfiladeros, porque te juro que todos están sentenciados á muerte.

—Roldán amigo, tañe la bocina: Carlos la oirá, y hará que retroceda su hueste acudiendo en nuestra ayuda el rey y los barones.

—No permita Dios—replica Roldán—que sea yo para los míos ocasión de vituperio, ni que por mí quede deshonrada mi dulce Francia. Mi fiel Durindana hará su oficio y ensangrentado verá su hierro. ¡Ay de esos paganos si aquí llegan, pues te juro que todos están sentenciados á muerte!

—Roldán amigo, toca la bocina: su sonido llegará á Carlos y los francos tornarán sobre sus huellas.

—Dios no permita—replica Roldán—que hombre bueno diga de mí jamás que toqué la bocina por causa de los paganos. En lo recio de la lid, cuando haya descargado mil y setecientas

cuchilladas, sangriento verá el hierro de Durindana. Los francos son buenos: ellos pelearán denodadamente; los paganos no se librarán de la muerte!

—No hay deshonor en lo que te pido. He visto á los Sarracenos de España cubrir los montes y los valles, los yermos y las vegas. Grande es la hueste extranjera, y muy pequeña la nuestra.

—Eso mismo aumenta mis bríos. No permitan Dios ni los santos ángeles que por mí pierda Francia su fama. Antes quiero ser muerto que envilecido. Cuanto más trabajosa sea la batalla, más gratos seremos al Emperador.

Hazañoso es Roldán; Oliveros prudente: los dos de ánimo esforzado á caballo y en armas. Primero morirán que esquivar el combate.

Y los paganos cabalgan con gran furia.

—Helos ahí—dice Oliveros—ya se acercan, y Carlos va muy lejos. Si hubieras tocado la bocina, el rey estaría aquí, y no nos veríamos perdidos como lo estamos ahora. Vuelve los ojos hacia los desfiladeros de Aspre, donde está nuestra desgraciada retaguardia: pocos de esos valientes volverán á combatir en otra parte.

—Ten la lengua!—exclama Roldán—mal haya quien tiene corazón cobarde!

É irguiéndose altivo á manera de soberbio león, añade en alta voz para que los francos le oigan:

—El emperador nos ha confiado estos veinte mil franceses sabiendo que no hay entre ellos un solo cobarde. El buen vasallo sufre por su señor grandes trabajos, aguanta el frío y el calor, y pierde sangre y carne. Hierre con tu lanza, Oliveros; yo con mi Durindana; y si muero, quien la posea dirá que es la espada de un valiente.

El arzobispo Turpin espolea su caballo, sube á una colina, dirige la voz á los francos, los excita á morir como valientes por la cristiandad y por su rey, á pedir á Dios perdón de sus peca-

dos para salvar sus almas, y concluye absolviéndoles y prometiendo á los mártires asiento en el alto paraíso. Ellos descabalgan, se arrodillan, y el arzobispo los bendice en nombre de Dios.

—En penitencia de vuestras culpas—les dice—herid de reo á los paganos.

Avanza ufano Roldán al encuentro de los infieles: y tras él van Oliveros y todos los francos.

Terrible es la acometida de los sarracenos, pero los de Roldán resisten vigorosos, y al grito de guerra de Carlo Magno hacen prodigios de valor. Rota y deshecha la hueste agarena, los pocos que sobreviven emprenden la fuga hacia el real de Marsilio. La rabia devora el corazón del moro, monta ligero á caballo, y con el grueso de su ejército, partido en dos huestes, galopa furioso hacia Roncesvalles.—Como marea que sube, invade la morisma las crestas de los montes que estrechan y aprisionan á los cristianos. Estos, sin tiempo para descansar de la pasada batalla, se ven empeñados en una nueva y tremenda pelea. Vuelven los ojos á su dulce Francia y ven el horizonte cerrado por negras nubes, y oyen rugir en ella deshecha tormenta, y sienten que tiembla la tierra, y advierten que las casas y fortalezas se derrumban.

—¡Ha llegado el fin del mundo! Llegó la consumación de los tiempos!—exclaman aterradas las gentes.

Era el duelo del universo por la próxima muerte de Roldán.

La batalla se asemeja á un torbellino: mueren los Sarracenos á millares, y por cuarta vez cejan, y huyen ante el empuje de los francos; pero de estos sólo quedan con vida sesenta caballeros. Contempla Roldán con tristeza tan inmensa desolación, y dice á Oliveros:

—Noble y querido compañero mío: en el nombre de Dios, á quien ruego te bendiga, mira cuántos buenos vasallos yacen en tierra! Bien podemos dolernos de Francia, la dulce, la bella, que queda huérfana de tan nobles barones! ¡Oh, rey amigo, si estu-

vieras aquí! Oliveros, hermano, ¿cómo podríamos llamarle?

—No sé—responde Oliveros:—más vale morir que envilecernos.

—Tocaré la bocina—dice Roldán:—Carlos desde los desfileros podrá oírla y retrocederá con sus francos.

—Gran afrenta recibirá con ello tu linaje. Cuando yo te lo pedí, me lo negaste; ahora no puedo aprobarlo. No es de valientes pedir auxilio.

—Es verdad, mas la pelea ha sido de amargo fruto. Tocaré la bocina y Carlos la oirá.

—No fuera grande hazaña... Por mi barba te juro que no llegarás á descansar en los brazos de mi hermana Alda la bella, si logro yo volver á su lado! Tu valentía, Roldán, nos ha sido funesta. Nada podrás ya hacer por Carlos el Grande. Vas á morir: Francia se cubre de ignominia, y hoy acaba también nuestra leal amistad. Antes de la noche nos veremos por siempre separados.

Acude el arzobispo á cortar la querrela, exclamando:

—Roldán! Oliveros! no contendáis así! El són de la bocina no puede ya valernos; pero tocadla si os place. Vendrá el rey, mas sólo será para vengar nuestra muerte y esos paganos no regresarán gozosos á sus tierras. Luégo, cuando los francos nos encuentren muertos ó despedazados, echarán pié á tierra, nos pondrán en ataúdes que cargarán sobre sus caballos, y vertiendo por nosotros piadosas lágrimas, irán á enterrarnos bajo las bóvedas de nuestras iglesias, para que no nos devoren los puercos monteses y los lobos.

Roldán toca con poderoso aliento su bocina. Las cumbres son altas, el sonido se esparce á lo lejos. Carlo Magno lo oye, y exclama:

—Los nuestros batallan.

El traidor Galalón procura persuadirle de que el sonido que se oye es del cuerno de monte de Roldán, que se entretiene en ir cazando con los Pares.